



UNA IMAGEN NO VALE MÁS QUE MIL PALABRAS

Clàudia Soriano Maresma

Colegio Sagrado Corazón (Cataluña)

Ya no somos dueños de nuestras palabras, y mucho menos las palabras lo son de nosotros. Las frases hechas no tienen ninguna gracia y los poemas no despiertan emociones. Tampoco nos podemos quejar del estrafalario olor que se desprende al hojear libros, ya que están todos quemados. No nos podemos topar con un mísero papel cubierto de tinta. Sin embargo, sí podemos quedarnos sin piernas si nos topamos con una mina explosiva.

Vagamente revolotean por mi cabeza sonidos hermosos, grafías bellísimas, y alguna pude percibir gracias a algunos individuos que me llamaban “cariño” o “mi pequeña Anita”.

No sé por qué me llamaban así ni por qué me daban esas pilas de cómics sin venir a cuento, pero me resultaban agradables. Lo único que sé, pero no comprendo aún, es que cuando me separaron de ellos una sustancia líquida salida de mis ojos bailó lentamente por mi mejilla.

Perdón por mi falta de educación. Soy 03989, 039 para amigos. Ahora mismo vivo en un lugar remoto. Aquí todo está desolado, decaído. Pronto a mis compañeros y a mí nos tocará irnos a otro lugar peor que éste, si puede haberlo. Las más cotillas de mi nave dicen haberse enterado de que allí nos pondrán unos objetos redondos en la cabeza, de un color sobrio a conjunto con unos instrumentos muy chulos que si los accionan hacen un sonido bestial. Y se han enterado también de que pueden causar daños leves.

Un señor muy simpático llamado 042041, alias 042, me contó que tiempo atrás aniquilaron a todos los mayores de ocho años excepto a unos nueve o diez hombres (creo que eran políticos), entre cuyos nombres puedo recordar un tal Franco y algo de Hitler. Estos son los que dirigen todo este montaje. Ellos tampoco saben cómo va eso de las palabras y por eso la cosa va tan mal, supongo. Ahora nuestros nombres están hechos a base de números y nuestras muestras de afecto, de odio o indiferencia funcionan con gestos. Lo último que recuerda haber leído 042 es un titular en el periódico que decía: “Todos los diccionarios del planeta han amanecido con las definiciones trastocadas”.

En estos momentos, aquí estoy yo, escribiendo a escondidas para no acabar con un fatídico final como acabaron esas personas que me llamaban “cariño”.

TREINTA AÑOS MÁS TARDE

–Demos la bienvenida a Ana García Reyes, que hoy nos va a presentar su magnífico libro “Una imagen no vale más que mil palabras”. Inverosímil escritora.

(Gran aplauso y ovación del público).

–¡Gracias, muchas gracias!

–¿Nos podría decir cuál es la clave a la hora de escribir sus libros?

–Simplemente, cuando ya nadie creía en el don de la palabra, yo proclamé su derecho a existir. Cuando más oscuro estaba el panorama, recordé esas palabras de significado indeterminado para mí y las empecé a tomar sentido.

–Perdone, no he entendido muy bien qué ha querido decir. ¿Qué situación oscura? Hace tiempo que no estamos en conflicto bélico con nadie...

–Nada... Metáforas, son solo metáforas.

FIN